

La evolución del bienestar: una revisión de enfoques y metodologías de medición

Miguel Angel Barrera Rojas *

Carlos Manuel Poot Silban **

Arlene Cruz Orozco ***

Pablo Darinel Roblero Herrera ****

Resumen

El bienestar es un concepto multidimensional cuya definición y medición han evolucionado a lo largo del tiempo, abarcando aspectos económicos, sociales y subjetivos. Este artículo revisa el desarrollo histórico del concepto de bienestar, desde sus orígenes filosóficos hasta su incorporación en la economía clásica, y explora cómo estas ideas han influido en la creación de metodologías para su medición. Se examinan tanto los enfoques tradicionales basados en indicadores económicos, como el PIB, así como los indicadores compuestos más recientes, como el Índice de Desarrollo Humano (IDH), el Índice para una Vida Mejor de la OCDE y el Informe sobre la Felicidad Mundial. Además, se analizan los métodos cualitativos que complementan estas mediciones. Finalmente, se abordan los desafíos y debates actuales en torno a la medición del bienestar, destacando la necesidad de enfoques que integren dimensiones económicas, sociales y ambientales para una visión más precisa y completa del bienestar. Los resultados sugieren la importancia de que las políticas públicas se adapten a estos enfoques multidimensionales para mejorar el bienestar general de la población.

Palabras clave: medición multidimensional del bienestar; indicadores de bienestar subjetivo; evaluación de la calidad de vida; bienestar.

Clasificación JEL: I31, D63, O15

The evolution of Well-being: a review of approaches and measurement methodologies

Abstract

Well-being is a multidimensional concept that encompasses economic, social, and personal aspects. This article explores the methodologies used to measure well-being, emphasizing the importance of multidimensional approaches. Well-being measurement should not only rely on economic indicators but also on social and subjective dimensions that capture quality of life and personal satisfaction. Various methodologies developed by international organizations such as the UNDP's Human Development Index (HDI), the OECD Better Life Index, and the World Happiness Report from the World Economic Forum are reviewed. The findings suggest that an integrated approach provides a more comprehensive and accurate view of well-being. They highlight the need for public policies that address these multiple dimensions to improve the overall well-being of the population.

Keywords: multidimensional well-being measurement; subjective well-being indicators; quality life assessment; well-being.

Clasificación JEL: I31, D63, O15

* Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo, campus Bahía. ORCID: 0000-0002-9240-7646
miguel.barrera@uqroo.edu.mx Autor de correspondencia

** Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo, campus Bahía. ORCID: 0009-0003-9614-2950

*** Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo, campus Bahía. ORCID: 0009-0009-8749-400X

**** Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo, campus Bahía. ORCID: 0009-0001-7571-1777

I. Introducción

La noción de bienestar ha ocupado un lugar central en el pensamiento económico, filosófico y social a lo largo de la historia. Desde las reflexiones de los antiguos filósofos griegos, como Aristóteles, que vinculaban el bienestar con la "eudaimonía" o el florecimiento humano, hasta las teorías económicas modernas que lo asocian con el progreso material, el bienestar ha sido considerado un objetivo esencial tanto para individuos como para sociedades. Sin embargo, su definición y medición han evolucionado significativamente, dando lugar a debates profundos sobre su naturaleza multidimensional y la mejor manera de capturarla.

En economía, las primeras aproximaciones a la medición del bienestar se enfocaron en indicadores cuantitativos, como el Producto Interno Bruto (PIB), asumiendo que el crecimiento económico reflejaba mejoras en la calidad de vida. Con el tiempo, este enfoque fue objeto de críticas debido a su incapacidad para capturar aspectos más amplios y subjetivos del bienestar, tales como la equidad en la distribución de los recursos, la percepción de satisfacción personal o la calidad de las relaciones sociales. En respuesta, surgieron nuevas metodologías y enfoques que buscan proporcionar una visión más integral del bienestar humano.

La emergencia de indicadores compuestos, como el Índice de Desarrollo Humano (IDH) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el Índice para una Vida Mejor de la OCDE y el Informe sobre la Felicidad Mundial, marcaron un avance importante al incorporar dimensiones adicionales como la esperanza de vida, la educación y la felicidad subjetiva. Estos instrumentos representan un cambio hacia un enfoque multidimensional que intenta reflejar de manera más precisa las múltiples facetas de la calidad de vida. No obstante, la complejidad inherente a esta tarea sigue planteando desafíos conceptuales y metodológicos, particularmente en lo que respecta a la comparación intercultural y a la integración de dimensiones económicas, sociales, ambientales y subjetivas en un solo índice.

El presente artículo tiene como objetivo principal explorar la evolución histórica del concepto de bienestar, analizar las principales metodologías desarrolladas para

su medición y abordar los debates contemporáneos que surgen en torno a la cuantificación de este fenómeno. A través de una revisión crítica de la literatura, se espera ofrecer una perspectiva que ilumine tanto los avances como las limitaciones de los enfoques actuales, destacando la relevancia de la medición del bienestar para el diseño de políticas públicas más efectivas en un contexto global y multidimensional.

Finalmente, es importante señalar que en la elaboración de este trabajo se emplearon herramientas de inteligencia artificial, como ResearchRabbit, SciSpace, Perplexity y ChatGPT, para optimizar procesos de búsqueda, síntesis y redacción. Estas tecnologías, utilizadas de manera ética y responsable, contribuyeron al desarrollo ágil y preciso del manuscrito, sin comprometer su integridad académica ni la calidad del contenido.

Así, el análisis de los orígenes del concepto de bienestar evidencia la complejidad inherente a este término, cuyo significado ha oscilado entre dimensiones éticas, sociales y económicas. Los filósofos clásicos sentaron las bases al vincular el bienestar con la virtud y la vida en comunidad, mientras que las teorías económicas clásicas ampliaron esta perspectiva al incorporar el progreso material y la eficiencia. En las siguientes secciones, se explorará cómo estas nociones han dado forma a la evolución de indicadores y teorías contemporáneas, que intentan captar de manera integral las múltiples facetas del bienestar humano.

1. Orígenes del concepto de Bienestar

El concepto de bienestar ha sido objeto de reflexión y análisis desde la antigüedad, evolucionando en paralelo a los cambios sociales, filosóficos y económicos. En sus orígenes, el bienestar era entendido desde una perspectiva ética y filosófica, vinculado a la vida buena y a la virtud, como lo plantearon los pensadores de la Grecia clásica. Con el tiempo, esta visión moral y cualitativa dio paso a una interpretación más cuantitativa, centrada en el progreso económico y en la capacidad de satisfacer necesidades básicas. Este cambio refleja no solo transformaciones en las formas de vida y organización social, sino también avances

en las herramientas teóricas y metodológicas utilizadas para comprender el bienestar.

En este apartado, se explora la evolución del concepto de bienestar desde sus raíces filosóficas hasta su formulación económica, destacando las tensiones entre enfoques éticos y materiales. Este recorrido histórico permite comprender cómo han cambiado nuestras nociones de bienestar y cómo estas transformaciones han influido en las metodologías utilizadas para medirlo, sentando las bases para los enfoques contemporáneos que integran dimensiones económicas, sociales y subjetivas.

I.1. Análisis de cómo los filósofos clásicos entendían el bienestar

Los filósofos clásicos, en particular Aristóteles, desarrollaron concepciones fundamentales sobre el bienestar que han perdurado como referencias clave en el pensamiento ético y político. Según Aristóteles, la *eudaimonia* es el objetivo último de la vida humana y solo puede alcanzarse mediante el ejercicio constante de las virtudes. El marco ético aristotélico establece que el bienestar no es un estado pasivo, sino un proceso activo que requiere la práctica de virtudes morales como la justicia, el coraje y la templanza.

Para Aristóteles (1985), estas virtudes ocupan un "justo medio" entre dos extremos viciosos, un equilibrio que debe alcanzarse mediante la razón. Además, considera que el bienestar humano solo puede lograrse en un contexto comunitario y político, dado que el ser humano es, en esencia, un *zoon politikon* o animal político. En ese sentido, Aristóteles argumenta que el desarrollo de las virtudes no solo beneficia al individuo, sino que también contribuye al bienestar colectivo al fomentar la armonía y la cooperación en la comunidad (Niemiec, 2024).

En contraste con otros paradigmas éticos, como la deontología de Kant o el utilitarismo de Bentham, el modelo aristotélico enfatiza la excelencia ética como la vía para alcanzar el bienestar pleno. Mientras que el utilitarismo se enfoca en

maximizar el placer y minimizar el dolor, Aristóteles propone que el bienestar radica en llevar una vida guiada por la razón y orientada hacia el bien común.

Este marco ético ha tenido un impacto duradero en la filosofía moral contemporánea, especialmente en el trabajo de autores como Martha Nussbaum (2000) y Alasdair MacIntyre (2007), quienes han recuperado el concepto de *eudaimonía* para criticar las perspectivas modernas centradas exclusivamente en el individualismo y la acumulación material. Nussbaum (2000), por ejemplo, ha adaptado el enfoque aristotélico para su teoría de las capacidades, argumentando que el bienestar humano debe medirse no solo por los recursos materiales disponibles, sino también por la capacidad de las personas para desarrollar y ejercer sus habilidades dentro de un contexto justo y equitativo.

La visión clásica del bienestar como *eudaimonía* establece un punto de partida crítico para las discusiones modernas sobre la calidad de vida. Si bien este enfoque ha sido complementado por avances en la medición económica y social del bienestar, su énfasis en la virtud y la justicia sigue siendo una referencia esencial para comprender las dimensiones éticas y comunitarias del bienestar humano (Niemiec, 2024). Este énfasis de los filósofos clásicos en la virtud y la vida en comunidad sentó un precedente crucial para las teorías posteriores sobre el bienestar. Sin embargo, con el desarrollo de la economía como disciplina, estas nociones éticas comenzaron a transformarse, dando paso a enfoques más cuantitativos y centrados en el progreso material. El siguiente apartado analiza cómo los economistas clásicos retomaron y adaptaron algunos de estos principios, integrándolos en la comprensión del bienestar desde una perspectiva económica

I.2. Bienestar en la economía clásica

El concepto de bienestar en la economía clásica comenzó a formularse a través de enfoques que incorporaban tanto consideraciones morales como materiales. Adam Smith, en *La teoría de los sentimientos morales* (2006), fue uno de los primeros en relacionar el bienestar con la empatía y las emociones compartidas, enfatizando que las interacciones humanas basadas en la reciprocidad y el entendimiento mutuo

eran fundamentales para construir una sociedad moralmente cohesionada. Este enfoque ético complementó su perspectiva económica en *La riqueza de las naciones* (1994), donde Smith introdujo la idea de que la búsqueda individual del interés propio, regulada por la "mano invisible" del mercado, podía conducir al bienestar general. No obstante, para Smith, el bienestar no se limitaba al progreso material; incluía también elementos éticos y sociales que eran esenciales para una sociedad próspera.

Jeremy Bentham (1996), por su parte, desarrolló una aproximación diferente al bienestar a través del utilitarismo. Según este autor, el bienestar podía definirse como la maximización del placer y la minimización del dolor, un principio que ofrecía un criterio claro y cuantificable para evaluar el bienestar tanto individual como colectivo. Este enfoque, conocido como el "cálculo de la utilidad", estableció las bases para medir las políticas públicas en términos de sus efectos en la felicidad general. Sin embargo, el utilitarismo de Bentham (1996) fue criticado por reducir el bienestar a una dimensión puramente hedonista, ignorando aspectos cualitativos de la experiencia humana.

John Stuart Mill (2010, 2012) refinó la teoría de Bentham al introducir la distinción entre placeres superiores e inferiores, argumentando que los placeres asociados con el intelecto y la moralidad eran intrínsecamente más valiosos que los placeres puramente sensoriales. En sus obras *Utilitarismo* y *Sobre la libertad*, Mill planteó que el bienestar no debía buscarse únicamente en términos de satisfacción inmediata, sino también en el desarrollo de las capacidades intelectuales y morales de las personas. Este enfoque expandió la comprensión del bienestar en la economía clásica, incorporando dimensiones éticas y cualitativas.

En un contexto más moderno, la economía clásica también dio lugar al desarrollo de la economía social, un enfoque que puso énfasis en el bienestar colectivo (Castro, 2018). Este concepto abarcó desde las organizaciones sin fines de lucro en los contextos angloamericanos hasta las sociedades cooperativas y mutualistas en

Europa continental. Estas iniciativas buscaban equilibrar el bienestar económico con valores como la solidaridad y la equidad. En el marco de la economía social y solidaria, autores como José Luis Coraggio (2011) y Acosta (2021) han señalado que el bienestar debe incluir principios de sostenibilidad, igualdad de acceso a recursos y democracia participativa, lo que constituye una crítica directa al énfasis exclusivo de la economía clásica en la acumulación material.

Pese a lo anterior, entre los economistas clásicos no se desarrolló una continuidad directa con las reflexiones filosóficas sobre el bienestar. Mientras que los filósofos clásicos, como Aristóteles, abordaban el bienestar desde una perspectiva ética y comunitaria, los economistas clásicos tendieron a enfocarse en la productividad, el progreso material y la eficiencia del mercado. Este cambio de enfoque relegó aspectos subjetivos y éticos del bienestar a un segundo plano, aunque el trabajo de autores como Smith y Mill muestra un intento por integrar ambas dimensiones.

Se tiene pues, que, la economía clásica sentó las bases para entender el bienestar como un fenómeno ligado al progreso económico, pero también introdujo tensiones importantes entre los valores materiales y éticos que aún persisten en las discusiones contemporáneas (Fukuda, 2003). Estas contribuciones, aunque parciales, han influido significativamente en el desarrollo de teorías modernas sobre la calidad de vida y las políticas públicas orientadas al bienestar. Este cambio abrió nuevas posibilidades para medir el bienestar, pero también generó tensiones entre valores materiales y éticos. De hecho, estas tensiones serían abordadas más sistemáticamente por la teoría del bienestar económico, que buscaría reconciliar la eficiencia con la equidad en un marco más estructurado.

I.3. Teoría del bienestar económico

La teoría del bienestar económico busca analizar cómo las decisiones económicas y las políticas públicas influyen en la calidad de vida de las personas, ofreciendo un marco normativo y positivo para evaluar los efectos del mercado en el bienestar colectivo. Este enfoque, desarrollado en la transición entre los siglos XIX y XX, se

centra en la relación entre la eficiencia económica, la equidad en la distribución de los recursos y el bienestar individual y social.

Uno de los conceptos fundamentales en esta teoría es el principio de eficiencia de Pareto, introducido por Vilfredo Pareto (1971). Según este criterio, una asignación de recursos es eficiente cuando no es posible mejorar el bienestar de una persona sin perjudicar a otra. Aunque esta noción de eficiencia se considera un ideal teórico en mercados perfectamente competitivos, en la práctica enfrenta limitaciones significativas. Por ejemplo, el principio de Pareto no aborda cuestiones de justicia distributiva, lo que significa que una distribución altamente desigual de recursos puede ser eficiente pero moralmente cuestionable. De hecho, Amartya Sen (1970, 1987, 1999) señaló que la eficiencia de Pareto, si bien útil desde un punto de vista técnico, no necesariamente implica equidad ni bienestar social.

Para superar algunas de estas limitaciones, los economistas Nicholas Kaldor (1939) y John Hicks (1939, 1940) propusieron el criterio de Kaldor-Hicks. Este enfoque establece que una política o acción económica es preferible si los ganadores pueden, teóricamente, compensar a los perdedores y aún generar un excedente de bienestar. Sin embargo, este criterio ha sido criticado porque en la mayoría de los casos la compensación no se lleva a cabo, perpetuando desigualdades y conflictos distributivos. Sen (1970) argumentó que este enfoque, aunque más flexible que el criterio de Pareto, no garantiza mejoras en términos de justicia social.

Otro elemento central de la teoría del bienestar económico es la función de bienestar social, formulada por economistas como Abram Bergson (1947) y Paul Samuelson (1947). Este concepto busca combinar los niveles de bienestar individual en un índice que represente el bienestar colectivo, incorporando juicios normativos sobre la importancia relativa del bienestar de diferentes personas. No obstante, la función de bienestar social enfrenta desafíos teóricos importantes, como los planteados por el teorema de la imposibilidad de Arrow (1951), que demuestra las

dificultades inherentes para agregar preferencias individuales en una decisión colectiva que sea justa, racional y democrática.

Si bien la teoría del bienestar económico también se ha enriquecido con debates sobre justicia distributiva, los enfoques tradicionales priorizaban la maximización del bienestar agregado, las perspectivas contemporáneas subrayan la importancia de equilibrar eficiencia y equidad. En este contexto, autores como Rawls (1995) y Sen (1999) han destacado que el bienestar no solo depende de la cantidad de recursos disponibles, sino también de su distribución justa y de la libertad efectiva de las personas para convertir esos recursos en capacidades valiosas.

Así, la teoría del bienestar económico representó un avance significativo al incorporar herramientas analíticas más rigurosas para evaluar el impacto de las políticas y decisiones económicas en el bienestar colectivo. Sin embargo, también evidenció las limitaciones de los enfoques centrados exclusivamente en la eficiencia y la agregación de preferencias. Estas limitaciones motivaron el desarrollo de indicadores más sofisticados, diseñados para capturar dimensiones adicionales del bienestar humano, como se explorará en el siguiente apartado.

I.4. Desarrollo de indicadores económicos para medir el bienestar

El desarrollo de indicadores económicos para medir el bienestar ha sido una preocupación central en la economía, particularmente desde el siglo XX. Durante gran parte de este periodo, el Producto Interno Bruto (PIB) se consolidó como la métrica principal para evaluar el progreso económico de las naciones. Propuesto por Simon Kuznets en la década de 1930, el PIB mide el valor total de los bienes y servicios producidos en un país durante un periodo determinado. Aunque su simplicidad y facilidad para realizar comparaciones internacionales lo convirtieron en un referente global, Kuznets mismo advirtió sobre sus limitaciones al afirmar que "el bienestar de una nación no puede inferirse a partir de una medida de su renta nacional" (Kuznets, 1934, p. 7).

El uso del PIB como indicador del bienestar fue cuestionado a medida que surgieron nuevas perspectivas económicas y sociales que subrayaron la importancia de dimensiones no materiales del bienestar. Estudios como el Informe del Club de Roma (Meadows *et al.*, 1972) y el Informe Brundtland (WCED, 1987) revelaron que el crecimiento económico, aunque importante, podía tener consecuencias adversas, como el agotamiento de recursos naturales, la desigualdad social y la degradación ambiental. Estas críticas marcaron un punto de inflexión en la medición del bienestar, abriendo paso a indicadores que capturan una visión más integral de la calidad de vida.

En este contexto, el Índice de Desarrollo Humano (IDH), introducido en 1990 por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 1990), representó un avance significativo. Este indicador combina tres dimensiones fundamentales del bienestar: esperanza de vida, educación e ingresos *per cápita*. Al trascender las limitaciones del PIB, el IDH ofreció una herramienta más adecuada para evaluar el desarrollo humano, aunque también ha sido objeto de críticas por su simplificación y por excluir otros aspectos relevantes, como la sostenibilidad ambiental y la calidad de las relaciones sociales (Fukuda, 2003; Sen, 1999). Asimismo, se han diseñado otros indicadores, como el Índice para una Vida Mejor (*Better Life Index*) de la OCDE (2011, 2013, 2020); el *Multidimensional Poverty Index* (MPI), desarrollado por el PNUD (2010); y el Índice de Progreso Genuino (IPG) (Kubiszewski *et al.*, 2013), los cuales se abordarán y explicarán a detalle más adelante

La evolución de los indicadores económicos refleja un esfuerzo constante por capturar de manera más precisa y multidimensional el bienestar humano. Aunque el PIB sigue siendo una referencia importante, su predominio ha sido complementado, y en algunos casos cuestionado, por indicadores que integran dimensiones económicas, sociales y subjetivas (Kahneman y Krueger, 2006; Stiglitz, Sen, Fitoussi, 2010). Este proceso de diversificación ha permitido avances significativos en la comprensión y medición del bienestar, pero también plantea

nuevos desafíos conceptuales y metodológicos que requieren atención continua (Felice, 2024).

En las últimas décadas, los avances tecnológicos han revolucionado la manera en que se mide el bienestar, ofreciendo nuevas herramientas para superar algunas de las limitaciones inherentes a los indicadores tradicionales. El uso de big data y algoritmos de inteligencia artificial ha permitido analizar patrones de comportamiento, percepciones y emociones humanas a una escala y velocidad sin precedentes (Kim, 2025). Por ejemplo, los datos generados en redes sociales y plataformas digitales se han utilizado para evaluar el bienestar subjetivo de las personas, proporcionando una ventana hacia las dimensiones más intangibles de la calidad de vida (Jeon y Ryu, 2024). Aunque estas metodologías representan un avance significativo, también plantean desafíos éticos y metodológicos, como el sesgo en los datos recolectados y la privacidad de los usuarios (Adenyi, Okolo, Olorunsogo, Babawarum, 2024). Este giro hacia la integración de enfoques digitales subraya la necesidad de combinar la innovación tecnológica con un análisis crítico de sus implicaciones, para garantizar que las herramientas modernas contribuyan de manera efectiva a una comprensión más completa y equitativa del bienestar humano.

II. El bienestar como construcción social y cultural: enfoques y significados

El concepto de bienestar ha experimentado una transformación significativa a lo largo del tiempo. Lo que en sus inicios se entendía principalmente como la satisfacción de necesidades básicas, como la salud y los ingresos, ha evolucionado hacia una comprensión más amplia que reconoce la naturaleza multidimensional del bienestar humano. Este cambio responde a la creciente evidencia de que una vida plena y satisfactoria no puede ser definida únicamente en términos económicos o materiales, sino que incluye dimensiones sociales, psicológicas, ambientales y culturales.

Tradicionalmente, el bienestar se ha medido a través de indicadores unidimensionales, como los ingresos per cápita o la esperanza de vida. Sin embargo, estas métricas, aunque útiles, resultan insuficientes para capturar la complejidad del bienestar humano en su totalidad. La crítica a estas aproximaciones reduccionistas ha impulsado el desarrollo de enfoques más integrales que toman en cuenta una gama más amplia de factores, tanto objetivos como subjetivos (Asmat y Vergara, 2024). Hoy en día, el bienestar se entiende no solo en términos de condiciones materiales, sino también como un equilibrio entre la satisfacción de las necesidades básicas, el acceso a recursos y servicios esenciales, y el bienestar emocional y psicológico de las personas (WHO, 2024). Este enfoque multidimensional reconoce que el bienestar de un individuo o una sociedad no puede evaluarse completamente a través de un solo indicador, sino que requiere un análisis que considere múltiples dimensiones interrelacionadas. Entre estas dimensiones se incluyen la salud, la educación, las conexiones sociales, el acceso a un medio ambiente saludable y la percepción subjetiva de felicidad o satisfacción con la vida.

En los últimos años, ha surgido un interés creciente por integrar enfoques subjetivos del bienestar, que consideran cómo las personas valoran su propia vida y sus experiencias diarias. Estos enfoques subjetivos han ampliado el panorama de la medición del bienestar, ofreciendo una visión más completa de la calidad de vida. Así, a lo largo de este apartado, se explorará cómo el bienestar ha sido entendido desde enfoques unidimensionales y cómo se ha avanzado hacia perspectivas más complejas y multifactoriales. De igual forma, se abordará la creciente relevancia del bienestar subjetivo en la medición y conceptualización del bienestar humano.

II.1. Enfoques unidimensionales

El bienestar no puede entenderse únicamente como una dimensión económica o material; su significado y alcance se construyen social y culturalmente, a partir de valores, normas y contextos históricos específicos. Esta perspectiva reconoce que el bienestar es un concepto dinámico, moldeado por las interacciones entre

individuos, comunidades y estructuras sociales, lo que genera interpretaciones y experiencias diversas en función del entorno cultural.

Desde una perspectiva sociológica, el bienestar se vincula con las dinámicas de poder, género, clase y etnicidad que influyen en las oportunidades de los individuos para acceder a recursos materiales y simbólicos. Pierre Bourdieu (1986) destacó la importancia del capital cultural y social en la configuración de las desigualdades, señalando que las personas no solo buscan bienes económicos, sino también formas de reconocimiento y pertenencia. Este enfoque permite analizar cómo las estructuras sociales condicionan el bienestar, así como la manera en que los actores sociales negocian y resignifican su calidad de vida en función de sus recursos y oportunidades.

El enfoque cultural, por su parte, subraya que las concepciones de bienestar están profundamente arraigadas en las tradiciones, creencias y prácticas de cada sociedad. Para autores como Amartya Sen (1999) las capacidades humanas, entendidas como las libertades reales que las personas tienen para llevar la vida que valoran, no pueden evaluarse en abstracto, sino que deben contextualizarse en los valores culturales y sociales de cada comunidad. En este sentido, la diversidad cultural introduce complejidades en la medición del bienestar, ya que las prioridades y aspiraciones varían significativamente entre contextos locales y globales.

Además, la construcción social del bienestar también se relaciona con los significados simbólicos atribuidos a conceptos como felicidad, éxito y calidad de vida. La sociología de la experiencia, desarrollada por autores como Alfred Schütz (1974), ha explorado cómo las personas interpretan y dan sentido a sus vivencias cotidianas en función de sus contextos sociales. Este enfoque resalta que el bienestar no es solo una condición objetiva, sino también una percepción subjetiva que involucra emociones, expectativas y relaciones interpersonales.

En términos políticos, las políticas públicas desempeñan un papel crucial en la definición y promoción del bienestar. La construcción de indicadores y programas sociales responde no solo a necesidades objetivas, sino también a discursos y valores que reflejan intereses ideológicos y prioridades gubernamentales. Por ejemplo, el enfoque en el "bienestar subjetivo" en las políticas de países escandinavos (Vaartio *et al.*, 2024) contrasta con la orientación predominantemente material de las políticas en economías emergentes (Suter, Chesters y Fachelli, 2025). Esta divergencia refleja cómo las construcciones culturales y políticas influyen en la manera de concebir y medir el bienestar.

Así, el bienestar es un concepto profundamente social y cultural, cuya interpretación trasciende las dimensiones materiales para abarcar significados simbólicos y dinámicas políticas. Este enfoque multidimensional permite entender cómo las percepciones y aspiraciones colectivas moldean la calidad de vida en diferentes contextos históricos y culturales, ofreciendo una base para diseñar políticas públicas más inclusivas y contextualizadas.

II.2. Enfoques multidimensionales

Los enfoques culturales y sociales del bienestar subrayan la importancia de los valores, las normas y las prácticas compartidas en la configuración de las experiencias y percepciones individuales y colectivas de la calidad de vida. A diferencia de los enfoques exclusivamente económicos o materiales, estos enfoques reconocen que el bienestar es un concepto subjetivo, moldeado por factores históricos, culturales y sociales que varían significativamente entre contextos.

Desde una perspectiva cultural, las nociones de bienestar están profundamente arraigadas en las tradiciones, creencias y cosmovisiones de las comunidades. Por ejemplo, en muchas culturas indígenas, el bienestar se vincula con el equilibrio entre los aspectos físicos, espirituales y comunitarios de la vida, lo que contrasta con los enfoques occidentales que tienden a priorizar los logros individuales y materiales (Chakravaty, 2018). Este contraste evidencia la diversidad de

concepciones sobre lo que constituye una "vida buena", así como las limitaciones de los indicadores universales para capturar estas diferencias.

En el ámbito social, el bienestar está intrínsecamente relacionado con las relaciones interpersonales y las estructuras sociales que condicionan el acceso a recursos materiales y simbólicos. Pierre Bourdieu (1986) destacó que el capital social y cultural desempeña un papel fundamental en la calidad de vida, al influir en las oportunidades que las personas tienen para participar en actividades sociales, educativas y económicas. De esta manera, según la perspectiva de Blyth (2014) el bienestar no solo depende de los recursos disponibles, sino también de la capacidad de las personas para movilizarlos dentro de su contexto social.

Además, los enfoques sociales destacan el papel de las políticas públicas y las instituciones en la configuración del bienestar. La provisión de servicios esenciales, como la educación, la salud y la seguridad social, refleja las prioridades y valores de cada sociedad, y su disponibilidad y accesibilidad influyen directamente en la percepción de calidad de vida (Quiggin, 2012; Krause, 2024). Por ejemplo, los países escandinavos, con un enfoque basado en el estado de bienestar, han diseñado políticas que priorizan el acceso universal a servicios públicos, promoviendo la equidad y el bienestar subjetivo en sus sociedades (Esping-Andersen, 1990).

Los enfoques culturales y sociales también enfatizan la importancia del bienestar subjetivo, entendido como las percepciones y emociones individuales respecto a su calidad de vida. Este aspecto, aunque intangible, ha ganado relevancia en estudios contemporáneos, ya que complementa las mediciones objetivas del bienestar, como los ingresos o el acceso a bienes. Investigaciones como las de Diener et al. (1985) han demostrado que factores como la satisfacción con la vida, las relaciones sociales y el sentido de propósito tienen un impacto significativo en la percepción del bienestar, independientemente del nivel económico. De hecho, Los enfoques culturales y sociales enriquecen la comprensión del bienestar al incorporar dimensiones subjetivas, relacionales y contextuales. Estos enfoques permiten una evaluación más integral de la calidad de vida, al tiempo que evidencian la necesidad

de adaptar las políticas públicas y los indicadores a las particularidades culturales y sociales de cada comunidad.

II.3. El Bienestar subjetivo

El bienestar se ha convertido en un concepto central en el diseño e implementación de políticas públicas, ya que refleja el objetivo último de las intervenciones gubernamentales: mejorar la calidad de vida de las personas. Sin embargo, la relación entre el bienestar y las políticas públicas no es directa ni unidimensional; está mediada por valores ideológicos, contextos culturales y las capacidades institucionales para transformar objetivos abstractos en resultados tangibles (Blyth, 2014).

Desde la perspectiva de las políticas públicas, el bienestar se interpreta comúnmente a través de dos enfoques principales: el bienestar objetivo y el bienestar subjetivo (WHO, 2024). El bienestar objetivo se mide mediante indicadores tangibles como el acceso a la educación, la salud y los ingresos, mientras que el bienestar subjetivo se centra en las percepciones individuales sobre la satisfacción con la vida y la felicidad. Aunque ambos enfoques son complementarios, la integración del bienestar subjetivo en las políticas públicas representa un desafío, ya que requiere un cambio de paradigma hacia una visión más integral y menos economicista del desarrollo (Stiglitz, Sen y Fitoussi, 2010).

Uno de los mayores avances en la relación entre bienestar y políticas públicas ha sido el desarrollo de herramientas e indicadores para medir el impacto de las intervenciones gubernamentales en la calidad de vida. El IDH, por ejemplo, marcó un hito al incorporar dimensiones como la esperanza de vida, la educación y el ingreso per cápita, lo que permitió evaluar no solo el crecimiento económico, sino también el desarrollo humano en términos más amplios (PNUD, 1990). Este enfoque ha inspirado a otros indicadores, como el *Better Life Index* de la OCDE, que incluye dimensiones como el balance entre vida laboral y personal, las conexiones sociales y el bienestar subjetivo.

Sin embargo, la implementación de políticas públicas orientadas al bienestar enfrenta desafíos significativos. En primer lugar, las diferencias culturales y contextuales dificultan la creación de indicadores universales que sean relevantes para todas las sociedades. Por ejemplo, mientras que en los países escandinavos el bienestar se asocia con el acceso universal a servicios públicos, en economías emergentes como las de América Latina, la prioridad sigue siendo reducir las brechas de desigualdad y garantizar la cobertura básica en salud y educación (Esping-Andersen, 1990).

En segundo lugar, el bienestar está influenciado no solo por las políticas públicas, sino también por factores externos como la estabilidad política, la cohesión social y las dinámicas económicas globales. Las políticas públicas, aunque esenciales, son solo una parte del entramado más amplio que configura el bienestar. Esto plantea la necesidad de una gobernanza multisectorial y multinivel que integre esfuerzos desde diferentes ámbitos y actores (Quiggin, 2012; Blyth, 2014).

Por último, el bienestar como objetivo de las políticas públicas requiere un compromiso ético y político por parte de los gobiernos para priorizar el desarrollo humano por encima de intereses económicos o partidistas (Quiggin, 2012). Este compromiso implica no solo diseñar políticas basadas en evidencia, sino también garantizar su implementación efectiva, monitoreo constante y adaptabilidad a nuevas circunstancias. Así, la relación entre el bienestar y las políticas públicas es compleja y multifacética.

Si bien las políticas públicas juegan un papel crucial en la promoción del bienestar, su efectividad depende de la capacidad de los gobiernos para integrar dimensiones objetivas y subjetivas, respetar las particularidades culturales y fomentar una visión holística del desarrollo humano. Este enfoque no solo amplía la comprensión del bienestar, sino que también mejora su potencial para transformar las condiciones de vida en diferentes contextos (Quiggin, 2012; Blyth, 2014, Chakravaty, 2018).

III. Metodologías de medición del bienestar: de enfoques tradicionales a nuevas fronteras tecnológicas

La medición del bienestar ha sido un desafío central para la economía, la sociología y las ciencias sociales en general, debido a su naturaleza multidimensional y subjetiva. Los enfoques metodológicos desarrollados a lo largo del tiempo han buscado capturar, de manera precisa y representativa, las diversas dimensiones que conforman la calidad de vida. Aunque las herramientas tradicionales se han basado en indicadores económicos objetivos, como el ingreso per cápita o el PIB, los enfoques contemporáneos reconocen la necesidad de integrar variables subjetivas, sociales y culturales.

Desde un punto de vista cuantitativo, las metodologías para medir el bienestar se han centrado en indicadores agregados que permiten realizar comparaciones entre países o regiones. El IDH, desarrollado por el PNUD, es uno de los ejemplos más influyentes. Este índice combina datos sobre la esperanza de vida, la educación y el ingreso per cápita para proporcionar una medida más integral del desarrollo humano (PNUD, 1990, 2010). Sin embargo, aunque el IDH marcó un avance significativo al trascender las métricas puramente económicas, ha sido criticado por su simplificación y por excluir dimensiones como la sostenibilidad ambiental y el bienestar subjetivo (Fukuda-Parr, 2003).

Por otro lado, los enfoques cualitativos han ganado relevancia al destacar la importancia de las percepciones y experiencias individuales en la evaluación del bienestar. Métodos como entrevistas en profundidad, grupos focales y etnografías permiten explorar cómo las personas perciben su calidad de vida en contextos específicos (Jebb *et al.*, 2020). Estos enfoques son particularmente útiles en comunidades indígenas o grupos marginados, donde las métricas estándar no reflejan adecuadamente las prioridades y valores locales. Por ejemplo, en estudios realizados en comunidades rurales de América Latina, se ha encontrado que el bienestar se asocia no solo con el acceso a bienes materiales, sino también con el

fortalecimiento de las relaciones comunitarias y la preservación de los recursos naturales (INE, 2015; INEC, 2015).

Finalmente, se tiene también un avance importante en la medición del bienestar ha sido el uso de tecnologías como el *big data* y la inteligencia artificial. Estas herramientas permiten analizar grandes volúmenes de datos generados por usuarios en plataformas digitales para captar patrones de comportamiento, percepciones y emociones en tiempo real (Kitchin, 2014). Así, los enfoques metodológicos para la medición del bienestar han evolucionado significativamente, desde métricas económicas objetivas hasta herramientas que integran dimensiones subjetivas, sociales y tecnológicas. Cada metodología aporta una perspectiva única, pero también enfrenta limitaciones inherentes. La combinación de enfoques cuantitativos y cualitativos, junto con la incorporación de tecnologías emergentes, ofrece un camino prometedor para capturar de manera más integral las múltiples facetas del bienestar humano, aunque sigue siendo crucial abordar los desafíos éticos y metodológicos que estos avances presentan.

III.1. Enfoques tradicionales: cuantitativos y cualitativos

Los enfoques tradicionales para medir el bienestar se han basado principalmente en métodos cuantitativos, que ofrecen una evaluación objetiva de las condiciones materiales y estructurales de la vida humana. Estos métodos se centran en el uso de datos numéricos y estadísticas, recogidos a través de encuestas y censos, y proporcionan una visión comparativa del bienestar a lo largo del tiempo y entre diferentes poblaciones. Sin embargo, en los últimos años, se ha complementado esta visión con enfoques cualitativos, que permiten capturar la percepción subjetiva del bienestar, ofreciendo una visión más integral de la calidad de vida. A continuación, se revisan las principales características, ventajas y limitaciones de ambos enfoques.

III.1.1. Enfoques cuantitativos

Las metodologías cuantitativas han desempeñado un papel central en la medición del bienestar, proporcionando herramientas estandarizadas para recopilar, analizar

y comparar datos sobre la calidad de vida a nivel individual, regional y global. Estas metodologías se basan en la recopilación de indicadores objetivos que permiten realizar análisis estadísticos y construir métricas que capturen aspectos específicos del bienestar humano, como la salud, la educación y el ingreso.

Uno de los ejemplos más destacados de estas metodologías es el IDH, introducido por el PNUD en 1990. Este índice combina tres dimensiones principales: esperanza de vida al nacer, años promedio de escolaridad e ingreso nacional bruto per cápita. La simplicidad y accesibilidad del IDH lo han convertido en un estándar global para evaluar el desarrollo humano. Sin embargo, ha sido criticado por su enfoque limitado, ya que no incorpora dimensiones relevantes como la sostenibilidad ambiental o las desigualdades de género (Fukuda-Parr, 2003).

Otra herramienta significativa es el Índice Multidimensional de Pobreza (MPI), desarrollado por la Oxford Poverty and Human Development Initiative (OPHI). A diferencia del IDH, el MPI evalúa las privaciones simultáneas que enfrentan las personas en dimensiones como la salud, la educación y el nivel de vida. Este enfoque multidimensional permite una evaluación más detallada y contextualizada del bienestar, particularmente en contextos de pobreza extrema, donde los ingresos no reflejan adecuadamente las condiciones de vida (Alkire y Foster, 2011).

Así, se tiene que las metodologías cuantitativas han sido fundamentales para medir y comparar el bienestar humano en contextos diversos. Aunque enfrentan limitaciones, como su dependencia de indicadores estandarizados y la posible exclusión de dimensiones subjetivas y culturales, su evolución hacia enfoques multidimensionales y el uso de tecnologías emergentes ha ampliado significativamente su alcance. La integración de estas metodologías con enfoques cualitativos promete una evaluación más integral y representativa del bienestar humano en el futuro.

III.1.2. Enfoques cualitativos

Las metodologías cualitativas desempeñan un papel crucial en la medición del bienestar al permitir una comprensión más profunda de las percepciones, significados y experiencias subjetivas de las personas respecto a su calidad de vida. A diferencia de los enfoques cuantitativos, que se centran en indicadores objetivos y comparaciones estandarizadas, las metodologías cualitativas exploran dimensiones contextuales, culturales y emocionales que no siempre son evidentes en los datos numéricos.

Entre las herramientas más utilizadas se encuentran las entrevistas en profundidad, los grupos focales y las técnicas etnográficas. Estas metodologías son especialmente útiles para captar cómo las personas interpretan su bienestar en relación con factores como su entorno social, sus relaciones interpersonales y sus aspiraciones individuales. Por ejemplo, estudios realizados en comunidades indígenas han mostrado que el bienestar no solo está vinculado al acceso a bienes materiales, sino también al fortalecimiento de las relaciones comunitarias y la conexión espiritual con el entorno natural (Guba y Lincoln, 1994; Eurostat, 2015).

Los enfoques cualitativos también permiten abordar las brechas culturales y las desigualdades sociales que pueden ser invisibles en los indicadores cuantitativos. Por ejemplo, en investigaciones sobre bienestar en comunidades rurales, se ha encontrado que los conceptos de "vida buena" varían significativamente entre culturas, lo que subraya la necesidad de adaptar las políticas y los programas sociales a las realidades locales (Sen, 1999; Jebb *et al.*, 2020). Además, estas metodologías son valiosas para identificar las percepciones de grupos vulnerables, como mujeres, niños y comunidades indígenas, cuyas experiencias suelen quedar marginadas en los análisis convencionales.

Otro aporte importante de las metodologías cualitativas es su capacidad para integrar la dimensión temporal del bienestar. A través de narrativas y relatos de vida, es posible explorar cómo las personas experimentan cambios en su calidad de vida a lo largo del tiempo, así como los factores que condicionan estas

transformaciones (Kahneman y Krueger, 2006; Wilkinson y Pickett, 2010). Este enfoque es particularmente útil en contextos de crisis económica, conflictos sociales o desastres naturales, donde las percepciones del bienestar pueden cambiar rápidamente en respuesta a nuevas circunstancias. Sin embargo, las metodologías cualitativas también enfrentan desafíos, como la subjetividad en la interpretación de los datos y la dificultad para generalizar los hallazgos a nivel poblacional. A pesar de estas limitaciones, su valor radica en su capacidad para enriquecer la comprensión del bienestar al complementar las métricas cuantitativas con perspectivas más profundas y contextuales.

III.2. Nuevas fronteras en la medición del bienestar: *big data* e inteligencia artificial

El desarrollo de nuevas tecnologías y enfoques interdisciplinarios ha abierto un panorama innovador en la medición del bienestar, ampliando las herramientas disponibles para captar dimensiones más complejas, dinámicas y personalizadas de la calidad de vida. Estas nuevas fronteras no solo desafían las metodologías tradicionales, sino que también plantean preguntas fundamentales sobre los límites éticos, sociales y conceptuales de la medición.

Uno de los avances más destacados en esta área es el uso del *big data* y la inteligencia artificial (IA) para analizar grandes volúmenes de datos en tiempo real. A través de fuentes como redes sociales, búsquedas en línea y registros de dispositivos móviles, los investigadores pueden identificar patrones de comportamiento, emociones y preferencias que reflejan aspectos subjetivos del bienestar (Kitchin, 2014). Por ejemplo, estudios recientes han utilizado datos de plataformas como Twitter y Facebook para evaluar la postura política en torno a la política social y la preferencia revelada de voto en tres países de Asia (Jaidka *et al.*, 2020). Otro ejemplo que vale la pena señalar es el análisis de contenido en redes sociales puede proporcionar información valiosa sobre el bienestar subjetivo de las personas, complementando las métricas tradicionales. No obstante, este enfoque también plantea desafíos éticos, como la privacidad de los datos y el riesgo de

exclusión digital, que deben ser cuidadosamente considerados en su aplicación (Boyd y Crawford, 2012).

Otro avance significativo es la integración de indicadores ambientales en la medición del bienestar. Conceptos como el bienestar ecológico han ganado relevancia al reconocer que la calidad de vida no puede separarse de la sostenibilidad ambiental. Indicadores como la huella ecológica y el Índice de Progreso Genuino (IPG) ajustan las métricas tradicionales del desarrollo económico para reflejar los costos sociales y ambientales, como la degradación de los ecosistemas y el agotamiento de recursos naturales (Kubiszewski *et al.*, 2013, 2023). Estos enfoques subrayan la necesidad de medir no solo el bienestar presente, sino también la capacidad de las generaciones futuras para mantener una calidad de vida adecuada.

Asimismo, las ciencias del comportamiento han introducido metodologías innovadoras para captar el bienestar subjetivo. Herramientas como las evaluaciones diarias de experiencias y los métodos de reconstrucción del día permiten analizar cómo las personas perciben su calidad de vida en momentos específicos, proporcionando datos más ricos y matizados que las encuestas tradicionales (Proctor, 2024). Estas técnicas han demostrado ser útiles para identificar factores que influyen en la felicidad y el estrés, como el tiempo dedicado al trabajo, las interacciones sociales y las actividades de ocio.

No obstante, estas nuevas fronteras también enfrentan críticas y limitaciones. Por un lado, la dependencia de tecnologías avanzadas puede excluir a poblaciones marginadas que carecen de acceso a dispositivos digitales, perpetuando desigualdades existentes (Barrera, Lugo y Ramírez, 2024). Por otro lado, la creciente cantidad de datos disponibles plantea el riesgo de priorizar métricas cuantificables por encima de aspectos más cualitativos y subjetivos del bienestar (Beneventano *et al.*, 2020).

Las nuevas fronteras en la medición del bienestar ofrecen oportunidades únicas para capturar dimensiones más integrales y contextuales de la calidad de vida. Sin embargo, es fundamental abordar los desafíos éticos, metodológicos y sociales asociados con estos avances, asegurando que las herramientas emergentes se utilicen de manera inclusiva y responsable. Este enfoque permitirá no solo una comprensión más profunda del bienestar, sino también el diseño de políticas públicas más adaptadas a las complejidades del mundo contemporáneo.

VI. La implementación de indicadores de bienestar: desafíos técnicos y conceptuales

La medición del bienestar ha recorrido un largo camino desde su enfoque inicial en indicadores económicos hacia una comprensión más completa y multidimensional. Sin embargo, este progreso ha venido acompañado de una serie de desafíos y debates, tanto en términos conceptuales como prácticos. En este apartado se examinarán los principales problemas que enfrenta la medición del bienestar en la actualidad, destacando las dificultades en la implementación de los indicadores, los debates en torno a su validez y utilidad, y las tensiones entre los enfoques tradicionales y alternativos de medición.

VI.1. La implementación de indicadores de bienestar: desafíos técnicos y conceptuales

La medición del bienestar está profundamente condicionada por factores estructurales que reflejan contextos históricos, políticos y económicos. Estos factores no solo determinan qué dimensiones del bienestar se priorizan, sino que también influyen en los enfoques metodológicos y las limitaciones de las métricas utilizadas. Comprender estas influencias es fundamental para evaluar la efectividad de los indicadores actuales y su capacidad para capturar las complejidades inherentes al bienestar humano.

En términos históricos, el desarrollo de indicadores de bienestar ha estado estrechamente relacionado con las transformaciones sociales y económicas de cada época. Por ejemplo, el PIB emergió como la métrica predominante en el siglo XX, particularmente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los estados necesitaban herramientas para medir su capacidad económica y planificar la reconstrucción. Sin embargo, este enfoque centrado en el crecimiento económico reflejaba una visión limitada del bienestar, reduciéndolo a indicadores puramente materiales (Stiglitz, Sen y Fitoussi, 2010). A medida que surgieron movimientos sociales y ambientales en la segunda mitad del siglo XX, estas críticas llevaron al desarrollo de métricas más amplias y multidimensionales, como el IDH en 1990, que incorporó dimensiones como la educación y la esperanza de vida. Estos ejemplos muestran cómo los momentos históricos moldean las prioridades en la medición del bienestar y la adopción de nuevos enfoques.

En el ámbito político, los sistemas de gobierno y las prioridades ideológicas tienen un impacto significativo en la definición de los indicadores de bienestar. En contextos democráticos, por ejemplo, existe una tendencia a integrar dimensiones subjetivas y participativas, como la percepción de felicidad o la satisfacción con los servicios públicos, reflejando la importancia de las opiniones ciudadanas en la evaluación de políticas públicas. Por el contrario, en regímenes autoritarios, la medición del bienestar tiende a centrarse en objetivos materiales, como el empleo y la infraestructura, que son más fácilmente controlables por el aparato estatal (Quiggin, 2012). Además, las decisiones sobre qué indicadores incluir y cómo interpretarlos suelen estar influenciadas por intereses políticos, lo que puede llevar a sesgos en los resultados. Este fenómeno resalta cómo las estructuras políticas condicionan tanto el diseño como el uso de los indicadores.

En cuanto a los factores económicos, los sistemas productivos y las estructuras de mercado también ejercen una influencia decisiva en la medición del bienestar. En economías de mercado, por ejemplo, la lógica capitalista tiende a privilegiar indicadores relacionados con el consumo, la productividad y el crecimiento del ingreso, dejando en un segundo plano dimensiones como la equidad y la

sostenibilidad ambiental (Kubiszewski *et al.*, 2023). Por otro lado, los modelos alternativos, como la economía social y solidaria, han promovido enfoques más integrales, incluyendo métricas como el IPG, que ajusta las mediciones tradicionales para reflejar costos sociales y ambientales. Sin embargo, la adopción de estos enfoques sigue siendo limitada debido a la falta de consenso global sobre cómo medir adecuadamente estas dimensiones no económicas.

Estos factores estructurales—históricos, políticos y económicos—no solo influyen en la elección de indicadores, sino también en la manera en que las políticas públicas abordan las diversas facetas del bienestar. Reconocer estas influencias es esencial para desarrollar métricas más inclusivas y representativas, capaces de reflejar la diversidad de experiencias y necesidades en diferentes contextos. Solo al abordar estas limitaciones estructurales será posible avanzar hacia una comprensión más integral del bienestar y su medición.

VI.2. Prácticas culturales y sociales en torno al bienestar

El bienestar no es un concepto universal, sino que se construye y resignifica a través de prácticas culturales y sociales específicas. Estas prácticas reflejan las dinámicas históricas, económicas y políticas de cada sociedad, al tiempo que responden a las particularidades de los valores, tradiciones y estructuras sociales que conforman la vida cotidiana. Entender el bienestar como una construcción social y cultural permite explorar cómo las percepciones y experiencias individuales están profundamente entrelazadas con los contextos colectivos.

En muchas sociedades, las prácticas culturales han definido históricamente lo que significa "vivir bien". Por ejemplo, en comunidades indígenas de América Latina, el bienestar se concibe como un equilibrio integral entre los aspectos materiales, espirituales y comunitarios de la vida. Conceptos como el buen vivir en los Andes, conocido como *sumak kawsay* en kichwa, integran valores como la armonía con la naturaleza, la reciprocidad en las relaciones sociales y el respeto por las tradiciones culturales (Richter, 2025). Estas perspectivas contrastan con las nociones

occidentales de bienestar, que a menudo priorizan el logro individual y el consumo material como indicadores de calidad de vida.

Las prácticas sociales, por otro lado, reflejan cómo las dinámicas relacionales influyen en la percepción del bienestar. Factores como la cohesión comunitaria, el apoyo social y la participación en redes de solidaridad son esenciales para muchas personas, especialmente en contextos de vulnerabilidad. En estudios realizados en comunidades rurales, se ha encontrado que el bienestar está estrechamente ligado a las relaciones interpersonales y a la capacidad de los individuos para movilizar recursos dentro de sus redes sociales (Bourdieu, 1986; Ura *et al.*, 2012). Esto subraya que, más allá de los indicadores materiales, la calidad de las interacciones humanas es fundamental para una vida satisfactoria.

Asimismo, las prácticas culturales y sociales también están mediadas por las estructuras de poder y las desigualdades sociales. Factores como el género, la etnicidad y la clase social influyen en el acceso a los recursos y en la manera en que las personas experimentan y perciben el bienestar. Por ejemplo, en muchos contextos, las mujeres enfrentan barreras estructurales y culturales que limitan su capacidad para alcanzar un bienestar pleno, como las expectativas de roles de cuidado y la falta de oportunidades económicas. De manera similar, los grupos étnicos marginados a menudo enfrentan discriminación y exclusión, lo que impacta negativamente en su percepción y acceso al bienestar.

Las políticas públicas también juegan un papel importante en la configuración de estas prácticas culturales y sociales, ya que pueden reforzar o transformar las dinámicas existentes. Sin embargo, la efectividad de estas políticas depende en gran medida de su capacidad para adaptarse a las particularidades culturales de las comunidades a las que están dirigidas. En este sentido, las prácticas culturales y sociales no solo influyen en la manera en que se entiende el bienestar, sino también en cómo se mide y se aborda en términos de políticas públicas. Incorporar estas perspectivas permite una visión más integral y contextualizada del bienestar, reconociendo que no existe una única definición o experiencia de calidad de vida. Al entender el bienestar como una construcción social y cultural, se abre la

posibilidad de diseñar enfoques más inclusivos y representativos que respondan a la diversidad y complejidad de las realidades humanas.

IV.3. Indicadores alternativos y la economía del bienestar

La creciente insatisfacción con los indicadores tradicionales de desarrollo económico, como el Producto Interno Bruto (PIB), ha llevado al surgimiento de indicadores alternativos que buscan capturar una visión más integral y representativa del bienestar humano. Estos indicadores reflejan una transición hacia enfoques que incorporan dimensiones sociales, ambientales y subjetivas, desafiando las nociones clásicas de progreso económico como principal medida de éxito.

Entre los indicadores alternativos más destacados se encuentra el Índice de Progreso Genuino (IPG), que ajusta las mediciones tradicionales del crecimiento económico para incluir factores como los costos sociales y ambientales. Este enfoque reconoce que el crecimiento económico por sí solo no garantiza mejoras en la calidad de vida, especialmente cuando está acompañado de desigualdades, degradación ambiental o agotamiento de recursos naturales. Como señalan Kubiszewski et al. (2013), el IPG permite una representación más precisa del bienestar real al restar costos como la contaminación o el deterioro de la salud pública del crecimiento económico bruto.

De manera similar, el Índice de Felicidad Bruta (IFB), adoptado por Bután, ha ganado relevancia como un enfoque integral que prioriza la armonía espiritual, social y ambiental en la medición del progreso nacional. Este índice incluye dimensiones como la salud psicológica, la diversidad cultural y la resiliencia ecológica, lo que lo convierte en un referente de cómo las métricas pueden adaptarse a valores locales y prioridades sociales específicas (Ura et al., 2012). Sin embargo, su aplicabilidad fuera del contexto butanés ha sido cuestionada, ya que depende de estructuras socioculturales únicas que pueden no ser transferibles a otros países.

En un contexto más global, el Better Life Index (BLI) desarrollado por la OCDE (2011, 2013, 2020) representa otro intento significativo de ir más allá de las métricas económicas tradicionales. Este índice incorpora dimensiones como las relaciones sociales, el equilibrio entre la vida laboral y personal, y la calidad del medio ambiente, reflejando una comprensión más amplia del bienestar humano. Sin embargo, como ocurre con otros indicadores multidimensionales, el BLI enfrenta desafíos en términos de comparabilidad internacional y la ponderación de dimensiones, ya que las prioridades del bienestar varían considerablemente entre culturas y sociedades (OECD, 2011).

La integración de estos indicadores alternativos con la economía del bienestar también ha dado lugar a debates conceptuales y normativos. Por un lado, se ha argumentado que los enfoques alternativos son más inclusivos al reflejar una visión más rica del bienestar humano, lo que los convierte en herramientas valiosas para la formulación de políticas públicas. Por otro lado, estas métricas a menudo enfrentan limitaciones prácticas, como la disponibilidad y calidad de los datos, o la subjetividad inherente en la selección de dimensiones y su ponderación.

Así, los indicadores alternativos han ampliado significativamente nuestra comprensión del bienestar al incorporar dimensiones que el PIB y otras métricas tradicionales no pueden capturar. Aunque su implementación presenta desafíos técnicos y conceptuales, su desarrollo refleja un paso crucial hacia la creación de sistemas de medición más representativos, sensibles e inclusivos. Estas métricas no solo enriquecen los debates académicos, sino que también proporcionan herramientas valiosas para la formulación de políticas públicas orientadas al bienestar humano en su sentido más amplio.

V. Conclusión

El bienestar, entendido como un concepto multidimensional y dinámico, ha evolucionado a lo largo del tiempo, reflejando las transformaciones en las estructuras económicas, sociales y culturales. A partir de los enfoques clásicos,

centrados en la virtud y el florecimiento humano, hasta los desarrollos contemporáneos que incorporan métricas cuantitativas y cualitativas, el bienestar se ha consolidado como un eje central para el análisis y el diseño de políticas públicas. Sin embargo, esta evolución no ha estado exenta de tensiones y desafíos que subrayan la necesidad de seguir explorando nuevas fronteras en su medición y conceptualización.

Los enfoques históricos y filosóficos, desde Aristóteles hasta los economistas clásicos, sentaron las bases para comprender el bienestar como una combinación de factores éticos, materiales y sociales. No obstante, la creciente complejidad de las sociedades modernas exigió el desarrollo de indicadores más precisos y adaptados a las necesidades contemporáneas. Indicadores como el Índice de Desarrollo Humano (IDH), el Índice de Progreso Genuino (IPG) y el Multidimensional Poverty Index (MPI) han ampliado nuestra capacidad para medir el bienestar, aunque siguen enfrentando limitaciones conceptuales y metodológicas.

En la actualidad, las prácticas culturales y sociales desempeñan un papel crucial en la construcción de significados en torno al bienestar, destacando que este concepto no es universal, sino profundamente contextual. Estas prácticas revelan que las percepciones individuales del bienestar están intrínsecamente vinculadas a dinámicas de poder, género, clase y etnicidad, lo que refuerza la necesidad de adoptar enfoques sensibles a las particularidades culturales y sociales de cada contexto. Asimismo, el avance de las tecnologías y la integración de big data e inteligencia artificial han abierto nuevas oportunidades para capturar dimensiones más subjetivas y dinámicas del bienestar. Sin embargo, estos avances también plantean desafíos éticos y prácticos, como la exclusión digital y los riesgos asociados con el manejo de datos personales.

Los debates contemporáneos en torno al bienestar subrayan la importancia de equilibrar las dimensiones económicas, sociales y ambientales en su conceptualización y medición. Este equilibrio es esencial para garantizar que las políticas públicas no solo promuevan el crecimiento económico, sino que también

atiendan las necesidades humanas más amplias, como la equidad, la sostenibilidad y la calidad de vida. Los indicadores alternativos, aunque prometedores, deben ser diseñados e implementados con cautela para evitar reproducir las limitaciones de las métricas tradicionales.

Finalmente, la evolución del bienestar como concepto y práctica refleja un esfuerzo constante por comprender y mejorar la experiencia humana en un mundo cada vez más interconectado y complejo. A medida que avanzamos hacia un enfoque más inclusivo y multidimensional, es fundamental reconocer las tensiones inherentes a su medición y conceptualización, así como trabajar hacia la integración de perspectivas diversas que permitan capturar la riqueza y diversidad de la vida humana. Este desafío no solo es académico, sino también político y ético, exigiendo un compromiso continuo con la construcción de sociedades más justas, sostenibles y humanas.

VI. Referencias

- Acosta, D. (2021). La importancia del estado de bienestar en la economía social y solidaria: Eslabón democrático y herramienta de transición. *Revista Nacional de Administración*. Volumen 13(2), pp. 99-106. DOI: 10.22458/rna.v13i2.4480
- Adenyi, A.; Okolo, C.; Olorunsogo, T.; Babawarum, O. (2024). *Leveraging big data and analytics for enhanced public health decision-making: A global review*. GSC Advanced Research and Reviews. 18(2). <https://doi.org/10.30574/gscarr.2024.18.2.0078>
- Alkire, S., y Foster, J. (2011). Counting and multidimensional poverty measurement. *Journal of Public Economics*, 95(7-8), 476-487. <https://doi.org/10.1016/j.jpubeco.2010.11.006>
- Aristóteles (1985). *Ética Nicomáquea. Ética Eudemia*. Madrid. Gredos. Disponible en https://posgrado.unam.mx/filosofia/pdfs/Aristoteles__Etica-a-Nicomaco-Etica-Eudemia-Gredos.pdf
- Arrow, K. (1951). *Social Choice and Individual Values*. New York, John Wiley y Sons.
- Barrera, M.; Lugo, L. y Ramírez, E. (2024). Desigualdades en el acceso y uso de la Inteligencia Artificial en el marco de la Nueva Gestión Pública. En Herrera, I.; Leyva, O. y Gallardo, E. (coords). *Gobernanza Inteligente. Las TICs en la gestión pública*. Chilpancingo, La Biblioteca, pp. 95-114
- Beneventano, P., Bergamaschi, S., Gagliardelli, L., y Montanelli, S. (2020). Big data integration: Experiences and challenges. *Future Generation Computer Systems*, 104, 23-30. <https://doi.org/10.1016/j.future.2019.10.028>

- Bentham, J. (1996). *Introducción a los principios de la moral y la legislación* (E. Tierno, Trad.). Madrid. Alianza Editorial.
- Bergson, A. (1947). A reformulation of certain aspects of welfare economics. *The Quarterly Journal of Economics*, 52(2), 310-334. https://en-econ.tau.ac.il/sites/economy_en.tau.ac.il/files/media_server/Economics/grad/mini%20courses/David%20Colander/Bergson.pdf
- Blyth, M. (2014). *Austeridad. Historia de una idea peligrosa*. Barcelona, Crítica.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241-258). Greenwood Press.
- Castro, A. (2018). *Economía popular y solidaria: ¿realidad o utopía?*. Cuenca, Universidad Politécnica Salesiana
- Chakravaty, S. (2018). *Analyzing multidimensional well-being. A quantitative approach*. NJ, Springer
- Coraggio, J. (2011). *Economía social y solidaria: El trabajo antes que el capital*. Buenos Aires. Editorial Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Durand, M. (2015). The OECD better life initiative: How's life? and the measurement of well-being. *Review of Income and Wealth*, 61(1), 4-17. <https://doi.org/10.1111/roiw.12156>
- Esping-Andersen, G. (1990). *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Princeton University Press.
- Eurostat. (2015). *Quality of Life: Facts and Views*. Publications Office of the European Union, Luxembourg.
- Felice, E. (2024). GDP and convergence in modern times. En Diebolt, C. y Hauptert, M. (eds). *Handbook of Cliometrics*. Springer https://ricerca.unich.it/bitstream/11564/644676/2/2016_Felice_GDP%20and%20convergence_Handbook%20of%20cliometrics.pdf
- Fukuda, S. (2003). The human development paradigm: Operationalizing Sen's ideas on capabilities. *Feminist Economics*, 9(2-3), 301-317 <https://doi.org/10.1080/1354570022000077980>
- Guba, E. G., y Lincoln, Y. S. (1994). Competing paradigms in qualitative research. In N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 105-117). SAGE Publications.
- Hicks, J. R. (1939). The foundations of welfare economics. *The Economic Journal*, 49(196), 696-712. <https://doi.org/10.2307/2225023>
- Hicks, J. R. (1940). The valuation of the Social Income. *Económica*. 7(26). Pp. 105-124 <https://doi.org/10.2307/2548691>
- Instituto Nacional de Estadística (INE). (2015). *Indicadores de Bienestar Social*. Madrid, INE.
- INEC (2015). *Experiencias y metodologías internacionales de medición del bienestar: una referencia para el Buen Vivir de Ecuador*. Instituto Nacional de Estadística y Censos, Quito.
- Jaidka, K., Ahmed, S., Soric, M. M., y Hilbert, M. (2020). Predicting elections from social media: A three-country, three-method comparative study. *Asian Journal of Communication*, 30(1), 1-21. <https://doi.org/10.1080/01292986.2020.1716154>

- Jebb, A. T., Morrison, M., Tay, L., y Diener, E. (2020). Subjective well-being around the world: Trends and predictors across the life span. *Psychological Science*, 31(3), 293-305. <https://doi.org/10.1177/0956797619900045>
- Jeon, S. y Ryu, G. (2024). *Analysis of Smart tourism issues using social big data analysis*. *International Journal of Advanced Smart Convergence*. 13(3) <https://koreascience.kr/article/JAKO202429746979689.pdf>
- Kaldor, N. (1939). Welfare propositions of economics and interpersonal comparisons of utility. *The Economic Journal*, 49(195), 549-552. <https://doi.org/10.2307/2224835>
- Kahneman, D., y Krueger, A. B. (2006). Developments in the measurement of subjective well-being. *Journal of Economic Perspectives*, 20(1), 3-24. <https://doi.org/10.1257/089533006776526030>
- Kim, Y. (2025). *Urban vitality measurement through Big Data and Internet of things Technologies*. *International Journal of Geo Information*. 14(1). <https://doi.org/10.3390/ijgi14010014>
- Krause, P. (2024). *Multidimensional well-being, deprivation, and inequality*. 21st German STATA Conference. Disponible en https://www.stata.com/meeting/germany24/slides/Germany24_Krause.pdf
- Kitchin, R. (2014). *The Data Revolution: Big Data, Open Data, Data Infrastructures and Their Consequences*. SAGE Publications.
- Kubiszewski, I., Costanza, R., Franco, C., Lawn, P., Talberth, J., Jackson, T., y Aylmer, C. (2013). Beyond GDP: Measuring and achieving global genuine progress. *Ecological Economics*, 93, 57-68. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2013.04.019>
- Kubiszewski, I.; Ward, C.; Pikett, K. y Constanza, R. (2024). The complex relationships between economic inequality and biodiversity: A scoping review. 11(1), 49-66 <https://doi.org/10.1177/20530196231158080>
- Kuznets, S. (1934). National income, 1929-1932. 73rd US Congress, 2nd session, Senate document no. 124.
- MacIntyre, A. (2007). *After virtue: A study in Moral theory*. Notre Dame, University of Notre Dame Press
- Meadows, D.; Meadows, D.; Randers, J. y Behrens, W. (1972). *The Limits to Growth*. New York, Universe Books.
- Mill, J. S. (2010). *Utilitarismo*. Madrid, Alianza Editorial.
- Mill, J. S. (2012). *Sobre la libertad*. Madrid, Alianza Editorial.
- Niemiec, C. (2024). Eudaimonic Well-being. En Maggino, F. (ed.) *Encyclopedia of quality of life and well-being research*. Londres, Springer, pp. 2212-2214 https://link.springer.com/referenceworkentry/10.1007/978-3-031-17299-1_929
- Nussbaum, M. (2000). *Women and human development: The capabilities Approach*. Cambridge. Cambridge University Press
- OECD (2011). *How's Life? Measuring Well-being*. París, OECD Publishing <https://doi.org/10.1787/9789264121164-en>
- OECD (2013). *OECD Guidelines on Measuring Subjective Well-being*. Paris, OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/9789264191655-en>
- OECD (2020). *How's Life? 2020: Measuring Well-being*. Paris, OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/9870c393-en>

- Pareto, V. (1971). *Manual of Political Economy*. New York, Page
- Proctor, C. (2024). Subjective well-being. En Maggino, F. (ed.) *Encyclopedia of quality of life and well-being research*. Londres, Springer, pp. 2212-2214 https://link.springer.com/referenceworkentry/10.1007/978-3-031-17299-1_929
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (1990). *Informe sobre Desarrollo Humano 1990*. Bogotá. Tercer Mundo Editores.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2010). *Informe sobre Desarrollo Humano 2010: La verdadera riqueza de las naciones: Caminos al desarrollo humano*. Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Quigguin, J. (2012). *Zombieconomics*. Princeton, Princeton University Press
- Rawls, J. (1995). *Teoría de la justicia*. México. Editorial del Fondo de Cultura Económica
- Richter, K. (2025). *Cosmological limits to growth, affective abundance and rights of Nature: insights from Buen Vivir/Sumak Kawsay for the cultural politics of degrowth. Ecological economics*. 228, 108442 <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2024.108442>
- Samuelson, P. (1947). *Foundations of Economic Analysis*. Cambridge, Harvard University Press.
- Schütz, A. (1974). *El problema de la realidad social*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Sen, A. (1970). *Collective Choice and Social Welfare*. San Francisco, Holden-Day.
- Sen, A. (1987). *On Ethics and Economics*. Oxford. Blackwell Publishing.
- Sen, A. (1999). *Development as Freedom*. Oxford University Press.
- Smith, A. (1994). *La riqueza de las naciones (Libro I-II-III y selección de los Libros IV y V)*. Madrid, Editorial Alianza
- Smith, A. (2006). *The Theory of Moral Sentiments*. Oxford. Oxford University Press.
- Stiglitz, J.; Sen, A. y Fitoussi, J. (2010). *Mis-measuring our lives. Why gdp doesn't add up*. New York, New Press
- Suter, C.; Chesters, J. y Fachelli, S. (2025). *Well-being during the pandemic. Comparative perspectives from the global north and south*. Springer <https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-031-63440-6>
- Ura, K., Alkire, S., Zangmo, T., y Wangdi, K. (2012). *A short guide to Gross National Happiness Index*. The Centre for Bhutan Studies
- Vaartio, H.; Snellman, F.; Gustafsson, Y.; Rauhala, A. y Viklund, E. (2024). Understanding Health, Subjective Aging, and Participation in Social Activities in Later Life: A Regional Finnish Survey. *Journal of Applied Gerontology*, 43(6), 638-649. <https://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1177/07334648231214940>
- Wilkinson, R., y Pickett, K. (2010). *The Spirit Level: Why Equality is Better for Everyone*. Lóndres, Penguin Books
- World Commission on Environment and Development (WCED). (1987). *Our Common Future (Brundtland Report)*. Oxford, Oxford University Press.
- World Health Organization (2024). *Achieving well-being. A global framework for integratinf well-bieng into public health utilizing a health promotion approach*. Ginebra. WHO